

Extraño en el paraíso (Planeta), que despierta más indiferencia que irritación. El desafío fue alto y excesivo: relatar tres años de la primera edad adulta cuando el trasfondo de la persona había ido esparciéndose y verificándose en otros dos volúmenes anteriores de memorias, mucho más satisfactorios. Por eso quizá, un libro infinitamente más modesto de pretensiones, el de Alberto Oliart, *Contra el olvido* (Tusquets), es también mucho más recomendable. Una vida contada con naturalidad y como necesidad personal: levantar el teatro de la infancia donde anduvo viva, entre Extremadura y Barcelona, para recoger ahí muchas historias de familia, pero también de una España que ya no queda en ningún sitio, una vida social e íntima de pueblo y ciudad pequeña que apenas aparece ya en las letras españolas. Pero si aspiran a nuevas iluminaciones sobre los orígenes amistosos de algunos escritores en la Barcelona de los años cincuenta –Barral, Sacristán, Castellet, Jorge Folch, etc.– el libro resultará decepcionante (excepto por una anécdota relacionada con Manuel Sacristán y otra con Carlos Barral).

Semprún difícilmente puede escribir sin subirse al tren de su propio personaje y eso envara y acartona irremediabilmente sus proyectos memorialísticos. E incluso aquellos que mayor impacto

intelectual y emocional pueden llegar a causar, y es mucho: esa memoria que busca explorar las secuencias vividas en el campo de concentración nazi, en *La escritura o la vida*, o como ahora, en esta última aportación *Adiós, luz de agosto* (Tusquets) en que lo relatado es una infancia y adolescencia que van disolviéndose entre versos memorizados y una pulquérrima imagen de sí mismo. Lo malo siempre es saber más cosas: Vázquez Montalbán recuerda en *La literatura en la construcción de ciudad democrática* (Crítica) la reseña que Semprún dedicó a Carmen Laforet en una revista del PCE en 1944 y, sin embargo, ni esa reseña, ni lo que significaba publicarla allí, ni el contexto que explicase haberla hecho, están relatados en su libro memorialístico.

Quizá las precauciones de tantos han hecho especialmente llamativo el desenfreno de adjetivos y la caza intelectual que ha abierto Gregorio Morán con el libro que en los últimos meses ha despertado más dudas sin llegar a abrir el debate que debió propiciar, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo* (Tusquets). Aunque no estoy seguro de que el estilo de Morán estimule de veras la reflexión crítica, sino más bien la adhesión o el rechazo. Hay que templar los nervios para hablar con ponderación de ese libro que parece hecho

desde una botella de cerveza agitada: la espuma es mucha y muy visible, pero lo que acaba bebiendo el lector son unas pocas dosis de lo que pudo contener el envase manteniéndolo más relajado, y que no resulta tan novedoso como tantos han creído ver. Lo novedoso es hablar en voz alta de algunas cosas que la herencia franquista y la ley del pacto han ido dejando demasiado tiempo calladas. Pero la información objetivamente nueva —aparte algún episodio biográfico y el epistolario inédito de Ortega, muy interesante, pero de uso sesgado— es muy poca y la voluntad de comprender qué pasó en la cabeza de los escritores e intelectuales españoles desde la guerra hasta 1956 está muy por debajo de lo que necesita el texto de un historiador.

Pero el lector que no haya frecuentado textos y libros sobre la época, se lo va a pasar muy bien: escritura agresiva, tendencia expresionista del retrato, asombro ante la estupidez dominante del nacionalcatolicismo. Aunque también debe saber el lector que ese es el retrato hecho desde el rencor confesado por un pasado siniestro y desde una cierta voluntad de venganza contra los mitos impolutos y petrificados (Ortega) y contra la memoria muy disfrazada de quienes protagonizaron aquellos años.

Jordi Gracia

Gimferrer, el provocador*

Casi nada responde a la casualidad en la trayectoria literaria de Pere Gimferrer y este último libro tampoco. Las quinielas sobre el Nobel que algún día recibirá la literatura catalana se reparten entre Gimferrer y Baltasar Porcel, con ventaja hoy por hoy para Gimferrer, pero tenía hasta hoy mal cubierto un capítulo importante del perfil del candidato perfecto: ¿hasta qué punto cabe asegurar que fue un escritor antifranquista y que supo que vivía bajo el fascismo tardío de una dictadura que moriría matando y le había premiado en 1966 con un Premio Nacional de Poesía que se apellidaba José Antonio Primo de Rivera? Cualquier lector que no se duerma sobre los libros sabe que el Gimferrer que examina la vanguardia inicial catalana de Dau al Set, lee *Cahiers du cinéma* y escribe sobre cine y poe-

* *Pere Gimferrer, El agente provocador, Barcelona, Ed. Península, 1998, trad. de Basilio Losada. (El original catalán en Ed. 62), 92 pp.*

sía y literatura, que frecuenta la literatura olvidada y heterodoxa —sea el modernismo menor o sea el surrealismo superviviente de la posguerra— y explica la pintura de Joan Miró o de Tàpies, está conspirando con las únicas herramientas que conoce contra la plomiza mugre del cielo franquista.

Pero por si todavía quedaban lectores atados a la imagen turbia de un editor raro y siempre friolero, capaz de las declaraciones políticas más desconcertantes y dispuesto a entrar a la greña en el corral literario con poemas satíricos y mordaces contra quienes le han tratado y maltratado en los papeles, aparece ahora este libro en el que sabremos que la primera persona de Gimferrer, su yo literario, azota el pasado de un país que fue opresor de una lengua y una cultura, la catalana (además de opresor de una tradición y una razón, que fue la liberal y democrática). El fascismo de la Barcelona de los años setenta está denunciado en este libro como no lo había estado en ningún trabajo gimferreriano con la misma intensidad e intención retórica, tanto que a veces hace sospechar sobre la función literaria externa, como acabo de hacer ahora, de esa obviedad tan insistentemente recordada treinta años después.

Pero eso es sólo una minucia de un libro de valor no sólo para el lector adicto o clientelar de Gimfe-

rrer (y de los últimos hay muchos). Una vez más, Gimferrer ha emprendido una aventura que antes que nada es una apuesta literaria, una indagación en la composición y el planteamiento retórico. La desmedida extensión del período oracional pero también su fluidez vertiginosa y en absoluto cansina; el automatismo aparente en la asociación de las imágenes y evocaciones y los conceptos se explican siempre como iluminación y análisis de la experiencia de la literatura y la experiencia moral y sexual —el crecimiento—. Tales recursos constituyen una decidida exhibición de diferencia, de experimentación con el lenguaje y el discurso autobiográfico, en la línea de Breton, como ha señalado Enric Bou y es innegable, pero también con la conciencia de instalar un discurso inencontrable en las letras de hoy catalanas y españolas: la exploración del yo es búsqueda analítica del sentido de la literatura y complementaria del sentido del amor y la sexualidad, la experiencia erótica como experiencia de conocimiento humano. La crítica que se ocupó de *Mascarada*, su poemario anterior a este libro, no dejó de recordar la coprofilia que exhibía alguna estrofa y acabó resumiendo un poema en unas cuantas palabras que están en el origen de la crispación insultante contra el tiempo presente que animan, en un *in cres-*

cendo espléndido, el final de este libro contra «aquest temps dels babaus i dels papissots de cervell, en el temps dels pastetes». Su objetivo es reivindicar la experiencia radical de la poesía aliada a la experiencia radical del amor: «quan ningú ni gosa ni vol 'poder dir-ho tot' com volia Éluard (pouvoir tout dire), nosaltres dos ens mirem cara a cara i ho direm tot, ho hem dit tot». (p. 86).

El libro tiene voluntad de explorar una forma distinta de expresión del yo memorialístico y del yo ensayístico en torno a una sola cosa, que casi siempre es la misma en este autor: la conciencia literaria y la conciencia moral como escritor. Del cruce de ambas y la indagación sobre ambas nacen los siete fragmentos que componen un libro escrito en fechas distintas –desde 1979 hasta 1996-1998– para determinar los pasos de una conversión: de cuando Gimferrer decidió adoptar el catalán como lengua literaria, en 1970, y lo que sucedió en su interior al advertir el agotamiento de una lengua y una concepción de la poesía y el hallazgo de una mujer y un cuerpo escrito. Pero quiero lla-

mar la atención sobre la tensión interior y la cuña indagatoria que utiliza porque es un ejercicio de libertad analítica dictado por una opresiva circularidad, la de su dependencia obsesiva en las mismas y constantes cosas. Pero aquí no habla de ellas, no se ocupa de Rimbaud o de Lautréamont para decir nada de ellos sino para decir de sí mismo y cómo cuaja tempranamente un modo irrenunciable de concebir la propia vida como escritor y como ciudadano. Y el lector hará bien en desechar la comparación con el personaje público porque carece de asideros fiables para hacerlo: este texto es autónomo como reflexión literaria sobre la madurez y el crecimiento de un escritor, y no depende de ninguna pauta de verificación referencial. Sus motivos no apuntan a la verdad histórica sino a una verdad teórica, de naturaleza intelectual: la que funda una noción mística, muy esencialista, de la literatura, y la que adopta ese prejuicio como único valor estable de la vida moral del escritor.

J.G.